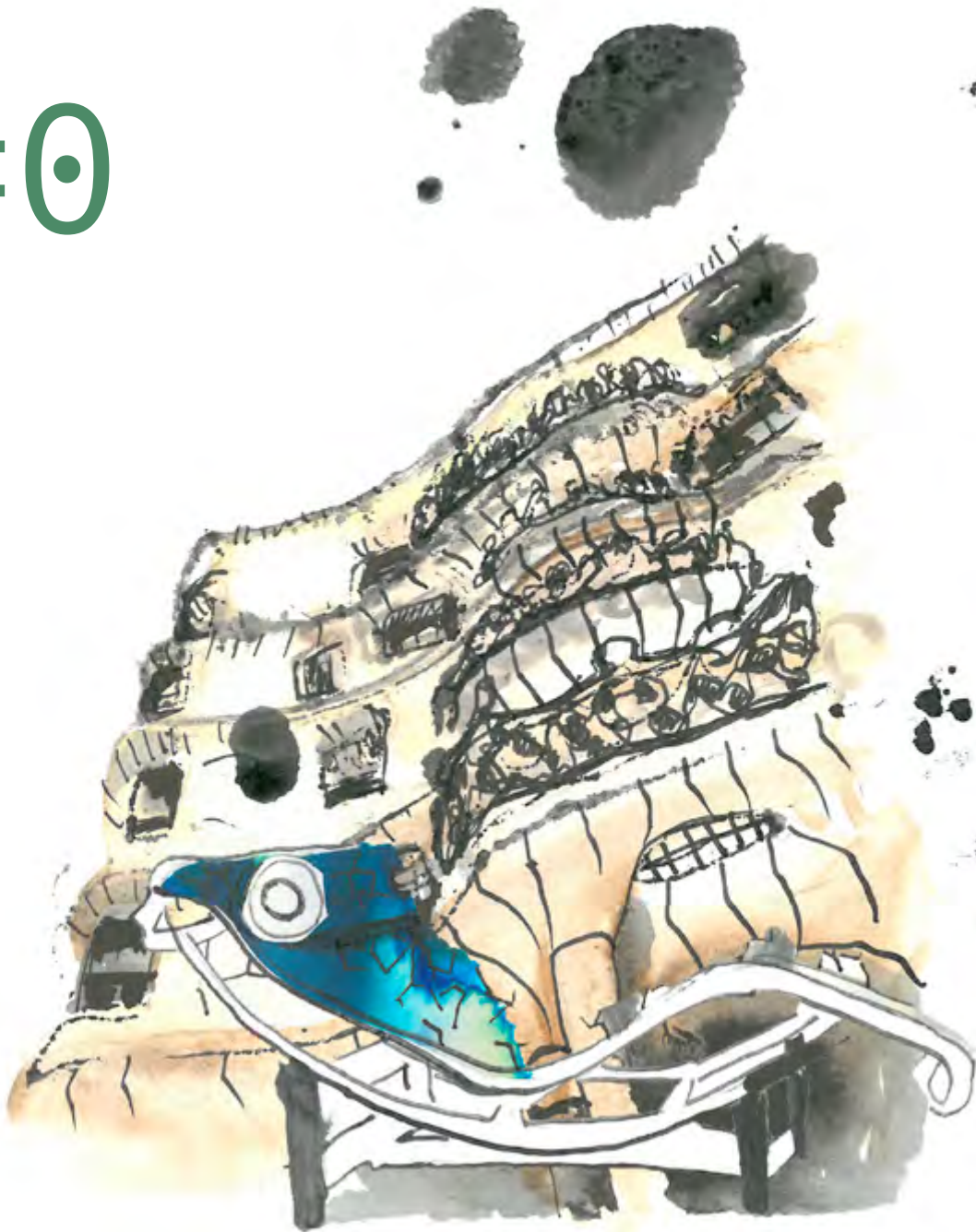


LA **Red-VISTA** DE UMBRAL

#0



UMBRAL - Red de asistencia “PSI” – <https://www.umbra-red.org/es/>

Equipo de Coordinación

VERÓNICA BOGAO
M. LAURA FRUCELLA
LAURA KAIT
ALEJANDRO PIGNATO
ALEJANDRA QUINTAS
coordinacion@umbra-red.org

Equipo de Derivaciones

VERÓNICA BOGAO
LAURA KAIT
ALEJANDRA QUINTAS
derivaciones@umbra-red.org

Equipo de Formación

GRAZIELLA BARAVALLE
LAURA KAIT
formacion@umbra-red.org

Equipo de Publicaciones

M. LAURA FRUCELLA
ALEJANDRO PIGNATO
publicaciones@umbra-red.org

Tesorería

ALEJANDRA QUINTAS
tesoreria@umbra-red.org

Equipo de Difusión

MATILDE MAYOR
SILVINA MOSQUERA
ROSA NAVARRO
IVÓN OVIEDO
MICHEL SOCORÓ
difusion@umbra-red.org

Staff de La RED-VISTA

M. LAURA FRUCELLA
MARIANA LEIBNER
SILVINA MOSQUERA
red.vista@umbra-red.org

#0



Sede Figueras

DOLORS CUNILLERA CASADEVALL
CARME MUSQUERA
umbrafigueras@umbra-red.org

Sede Girona

ENRIQUE ATZENWEILER
ALICIA GARCÍA FERNÁNDEZ
LILIANA MONTANARO
IVÓN OVIEDO
umbra-girona@umbra-red.org

Sede Tarraco

CLARA BERMANT
ROSA NAVARRO
FANNY TAYANT MARTÍNEZ
umbra-tarraco@umbra-red.org

Contenido #0

5	<i>Nota editorial</i> M. LAURA FRUCELLA
7	<i>¿Qué es UMBRAL y para qué sirve?</i> LAURA KAIT
11	<i>Estoy yendo al psicoanalista</i> ROSA NAVARRO FERNÁNDEZ
15	<i>Entrevista a Miguel Missé</i> MARIANA LEIBNER ÁLVAREZ
23	<i>Por qué el psicoanálisis hoy</i> M. LAURA FRUCELLA
30	<i>Psicoanálisis en el trabajo con padres y madres gestantes, y en la clínica con niños</i> SILVINA MOSQUERA GENLOT
37	<i>Crisis</i> RAÚL AZZARINI PARETO
39	<i>El TDAH: una apuesta por la subjetividad</i> MATILDE MAYOR
42	<i>El método clínico de UMBRAL es el psicoanálisis</i> CARLOS REY



Nota editorial

M. LAURA FRUCELLA

Esta no es una revista de psicoanálisis. No se trata, en modo alguno, de una revista sobre temas de psicoanálisis para psicoanalistas.

La idea de elaborar una publicación dirigida a personas más allá del espacio psicoanalítico viene insistiendo desde hace un tiempo entre algunos integrantes de Umbral, nuestra red de asistencia psi. Insiste, fundamentalmente, cuando percibimos que en general los psicoanalistas no hemos sabido explicarnos por fuera de nuestro medio.

Muchas personas aceptan pasar por la experiencia de un tratamiento psicoanalítico. Comprueban, incluso, que el tratamiento tiene eficacia. Aun así, hay una suerte de bruma a la hora de entender qué es lo que verdaderamente hace que la cosa funcione.

En nuestro descargo, diré que hay cosas que es mejor no entenderlas completamente. Así es el inconsciente: cuanto más lo razonamos, más se nos escapa. Por eso, en un análisis no se trata de razonar el inconsciente, sino más bien, si se me permite el retruécano, de “inconscientizar” la razón, esto es,

dejar que el discurrir de la conciencia sea habitado por esos contenidos inconscientes que habitualmente mantenemos a raya. De esta manera, la causa de nuestros malestares se ilumina con luz nueva; no con la lucidez de nuestra inteligencia sino con la chispa sublime del hallazgo inesperado.

El psicoanálisis, que es una teoría sobre el psiquismo humano y un método clínico derivado de ella, se propone pensar tanto el sujeto y su sufrimiento anímico como los fenómenos colectivos que acontecen en nuestras sociedades. El modo en que nos explicamos los hechos sociales no es indiferente a los actos que luego se realizan a ese nivel. Merece la pena, por lo tanto, que la mirada del psicoanálisis no quede excluida.

Este año, 2020, ha traído a nivel mundial el azote de una catástrofe inesperada. La pandemia causada por el virus COVID-19 ha hecho estragos en nuestras sociedades prácticamente sin excepción. Frente a ello, los psicoanalistas intentamos reflexionar acerca del sufrimiento psíquico acarreado por unos sucesos que involucran la pérdida de seres queridos, de la salud corporal

en los casos afectados directamente, de bienes materiales, hogares, estabilidad laboral y un largo etcétera. La angustia y lo traumático son instancias que, de hallarse por lo general bajo cierto velo en el día a día, amortiguados por los quehaceres cotidianos, han pasado a tener una presencia constante y difícil de sobrellevar. Por otro lado, este tiempo de pandemia dará lugar a numerosos cambios en una multiplicidad de ámbitos, los cuales impactarán sin lugar a dudas en lo más íntimo de nuestras subjetividades.

Algo de nuestro singular modo de pensar lo humano encontrará lugar entre las páginas de la Red-VISTA de UMBRAL, en donde intentaremos tender puentes e impulsar una interlocución más allá del medio psicoanalítico. A la vista, pues, pondremos nuestra red de ideas sobre las cosas del mundo de hoy.

Nos obligará, al mismo tiempo, a un doble esfuerzo de rigor y claridad, elementos insoslayables para que un diálogo sea posible.



¿Qué es UMBRAL y para qué sirve?

LAURA KAIT



UMBRAL, es una asociación sin fines de lucro, formada por psicoanalistas, psicólogos y psiquiatras que trabajamos con el fin de ayudar a las personas a ir más allá de su sufrimiento para vivir mejor, abandonando dolor y malestar.

Lo hacemos sin bata blanca, sin consultorios ascéticos, sin tecno-ciencia y sin complicidad con los laboratorios farmacéuticos, que es lo que ahora se lleva.

¿Por qué esta moda?

Porque estamos en tiempos de un Capitalismo brutal y el dinero rige también las intervenciones en el campo de la salud. Así, el principal objetivo de los poderosos es llevar a las personas al consumo. Televisores, coches, comida basura, droga... da igual, el tema es gastar dinero.

La salud pública se ha incluido en esta complicidad entre empresarios, fabricantes, políticos y agentes de la -supuesta- salud. El resultado es que hay tiempo para recetar drogas -los llamamos medicamentos- y no hay tiempo para escuchar el padecimiento de un sujeto.

¿Qué pasa a nivel de lo que llaman salud mental?

Los profesionales de lo público funcionan en dos niveles:

a- Psiquiatras que solo medican en un tiempo de entrevista que no debe superar los 7 minutos reglamentarios.

b- Atención psicológica, donde la hay y hay poca, en condiciones absolutamente desbordadas. Un profesional puede visitar hasta 180 pacientes diferentes en un mes, durante 15 o 20 minutos una vez cada 30 días en el mejor de los casos.

Y en ambos dispositivos, las personas consumen químicos. Si estás muy excitado, hay una pastilla para serenarte, y si no puedes dormir hay otra que te duerme y si no puedes despertarte, vendrá la píldora que te saque de la cama, y si estás de duelo, hasta puedes no llorar con la buena dosis.... Y así con cualquier malestar, habrá una química que te equilibre. Y a una amplia mayoría de la población este método le resulta cómodo. Tal vez porque les va bien la dependencia o la adicción.

Efectivamente hay malestares humanos que necesitan medicamentos, pero no todos. Hay personas que se interrogan sobre su malestar psíquico ¿por qué me pasa esto a mí? Hay su-

jetos que pueden no solo interrogarse, sino que desean iniciar un camino de reflexión para separarse de ese malestar y cambiar de posición subjetiva. El psicoanálisis hace este trabajo, acompaña a las personas en este recorrido hacia un posible bienestar y hace su trabajo a través de la reflexión, de la palabra.

Para iniciar cualquier psicoterapia o un psicoanálisis, se ha de recurrir a las consultas privadas porque la red pública no da abasto y empuja a la medicalización.

¿Qué pasa en el ámbito de la clínica privada?

Se ha de pagar. Y a muchas personas les resulta imposible pagar una visita semanal a los precios que hay en este momento en el mercado. Al revés que en lo público, donde te recibirán una vez al mes, en el mejor de los casos, cuando no cada tres meses. A nivel privado puedes ir tres veces por semana siempre que puedas pagarlo.

Entre estos dos modelos, uno para gente que se conforma con paliativos químicos y el otro para gente con dinero que puede elegir, hemos puesto un UMBRAL. La idea es que aquellos que deseen preguntarse por su malestar y solucionarlo, no tapanlo con medicación, puedan hacerlo. Un UMBRAL donde haya posibilidad de movimiento no solo si tienes dinero.

En UMBRAL, los honorarios se adaptan a lo que cada uno pueda pagar.

Ponemos en contacto aquel que lo necesita con el profesional adecuado.

Podemos llevar curas en 8 lenguas.

Trabajamos en Cataluña, pero también podemos derivar en otros lugares: Baleares, Alicante, Madrid, Galicia.

Hacemos una primera entrevista para la derivación. UMBRAL funciona como un puente, un enlace entre la persona que demanda iniciar una cura y el psicoanalista adecuado.

En esta primera visita escuchamos el malestar de quien llega a pedir ayuda, escuchamos la situación actual que le preocupa o lo angustia.

A veces, para elegir el profesional, nos solicitan tener en cuenta la zona donde viven o trabajan, por dificultades con el tiempo.

Y también hablamos de sus posibilidades de pago. Sugerimos 35€ la visita, pero hay mucha gente que puede pagar menos y otros más. Cada uno hace su propia sugerencia, que se tiene en cuenta, sobre un mínimo de atención de una visita semanal. Así, cada persona comienza comprometiéndose con lo que puede. No con lo que el mercado le demande.

Recibimos derivaciones de muchos ámbitos. En primer lugar está el “boca a boca” los mismos pacientes lo van comentando a su gente querida o conocidos. También figuramos en la página de salud del Ayuntamiento de Barcelona <ajuntament.barcelona.cat> o en algunos blogs para extranjeros sobre recursos en Barcelona <www.shbarcelona.fr>.

Recibimos también derivaciones de educadores o asistentes sociales, médicos, psiquiatras responsables, logopedas, maestros, etc.

Muchos profesionales eligen derivar a un lugar de cura por la palabra y no por la droga y UMBRAL está en sus agendas como espacio para derivar, saben que los psicoanalistas además de tener formaciones teóricas rigurosas, somos profesionales que dedicamos mucho tiempo a nuestros pacientes, como mínimo el que necesitan y hay éxitos importantes en estas curas.

En algunas ocasiones nos derivan casos durísimos o de muy difícil pronóstico, por lo que el trabajo con las instituciones requiere de la atención de un equipo especial, que se va haciendo escuchar respecto a qué y cómo se deriva y se sostiene una cura en el trabajo actualmente llamado “transversal”, donde participan profesionales de distintos campos.

Respecto a los profesionales

La primera cuestión a aclarar es que atender con honorarios accesibles no significa que haya estudiantes en prácticas; lo que suele ser común en otras instituciones. Es requisito en UMBRAL, un mínimo de cinco años de experiencia clínica para ser admitido.

Es una cuestión ética. Algunos suponen que atiende barato un joven con menos experiencia. UMBRAL, está en contra de este pensamiento que también responde a criterios de mercado.

Aquí los criterios son clínicos y la base es tener en cuenta a cada una de las personas. A veces, pagar 20€ una visita, puede resultar muy caro. Según

la cuestión personal de ese sujeto en particular.

Los psicoanalistas, al inscribirse en la Red, deciden qué tipo de sujetos quieren recibir -niños, adolescentes o adultos, parejas o familias, qué tipo de estructura- o en qué lenguas pueden atender y cuántos pacientes de UMBRAL está dispuesto a recibir. Siempre se respetan estas elecciones en el momento de la derivación.

En el origen, UMBRAL es la idea de una que se junta con otras tres y esta primera reunión de cuatro ha generado esta Red que hoy tiene más de 120 profesionales. UMBRAL, es un nombre que señala distintas fronteras, entre los que llegan y los que están, entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo particular y lo colectivo, entre lo subjetivo y lo cultural.

Esta idea, a posteriori, ha sido en el origen, el sueño de una analista. Hacer posible la extensión de este método de cura que viene de lejos y siempre se va actualizando con nuevo pensamiento y nuevas producciones. Algo de esto se puede leer en la página de publicaciones de UMBRAL.

Tantos años hablando los sueños que el atravesamiento por el umbral puso este deseo primero en palabras y luego en acto.

El encuentro con un lugar que contemple la alegría, no sólo el rigor y la seriedad de la teoría psicoanalítica que tiene tanto de resto, sombras y fantasmas.

Un encuentro que hoy -luego de casi 18 años de UMBRAL- comparto

con tantos otros.

Un lugar abierto a recibir el malestar para atravesarlo y animarse a vivir del otro lado.

LAURA KAIT

psicoanalista en Barcelona desde 1979.

Práctica privada e institucional.

Supervisora. Enseñante

Funda en 2001, UMBRAL, Red de

Asistencia “psi”

Co-dirige el Seminario UMBRAL y es responsable del Equipo de Formación.

Publica en www.umbra-red.org y en

Trauma, Estudios de Clínica Psicoanalítica. Revista Anual de FEP en España.

Escribió *Madres, no mujeres*. Embarazo

Adolescente, Ed. Del Serbal, 2007

Barcelona. Segunda Edición en Laborde

Ed. Rosario, Argentina, 2017

Miembro de FEP -Fondation Européenne por la Psychanalyse- Participando en sus Jornadas y Congresos

internacionales.

laukait13@gmail.com



Estoy yendo al psicoanalista

ROSA NAVARRO FERNÁNDEZ



Creo que el psicoanálisis empezó a existir en mi mundo gracias a las películas de Woody Allen, pensé que poder reírse de sí mismo y tratar con humor la propia convicción de padecer alguna enfermedad, eran efectos de esa experiencia de ir al psicoanalista.

Claro que si pienso qué experiencia podría relacionar con mi psicoanálisis actual, sin duda hay una que asocio de entrada. Reconozco que soy una persona susceptible de ser frecuentemente habitada por la angustia, por eso a lo largo de mi vida se han ido sucediendo momentos de crisis, cuya base es siempre la angustia. Asocio mi crisis —de fe—, podría llamarla así, aunque la religión en mi familia solo existía del lado materno, por su origen campesino, cualquier actividad religiosa era más una actividad colectiva que les reunía en día festivo. Mientras que el lado paterno se distinguía por su ateísmo, por su anticlericalismo y por su crítica materialista contra la religión. Esta crisis fue mi crisis de los 16 años, bajo esta forma se presentaba el pasaje de una etapa a cerrar y un tiempo nuevo a venir.

Verán, se me había metido en la cabeza la idea de que para poder seguir adelante tenía que resolver si creía o no creía en Dios. Parece de locos, ¿verdad? Y con esa determinación que a veces da una cierta locura, como la certeza de tener que resolver ese dilema para seguir camino, busqué alguien que ejerciese de religioso, que fuese bueno, un profesional. Me dieron el nombre de un jesuita joven y moderno. Contacté con él y concertamos una entrevista, igual que para psicoanalizarme, también me dieron el nombre de un buen psicoanalista con el que me puse en contacto y concerté una primera entrevista.

En fin, no me pregunten cómo fui, pero fui, no me pregunten qué me dijo, ni si el jesuita dijo algo durante la entrevista desarrollada en una espaciosa sala, fui yo quien hablé todo el tiempo, parece que me urgía hablar de mis dudas, mis interrogantes y mi cuestionamiento religioso. Sí puedo decir que salí de un modo diferente a como entré, en calma, sin todo eso que antes bullía dentro de mí, con la claridad de saber qué es lo que quería, y una determinación activa de adentrarme en

lo siguiente a venir. Qué ironía, salí no creyendo en Dios de mi entrevista con un religioso, verdaderamente me liberé de creer en lo que te y se presenta con la fuerza de una certeza infalible. En eso consiste cualquier pasaje de crecimiento, despojarse de las creencias y certezas que sin darnos cuenta nos habitan y nos anclan.

Y en el espacio analítico qué es lo que uno hace sino hablar a otro, otro en quien uno deposita un saber y a quien distingue con el saber hacer de lo que a uno le pasa. Allí, en la sesión, le hablo a otro hablándome a mí misma. Y comenzar solo requiere hablar de lo que se quiera, de lo que a uno se le pasa por la cabeza, aun pensando que eso es una bobada.

Al escribir “bobada”, he recordado cuando siendo de corta edad le decía a mi hermana mayor: “vamos a jugar a decir bobadas”. Este juego de decir “bobadas” me hacía reír a carcajadas, era un regocijo, eso es lo que quería, que me hiciese reír. Aprecien cómo fue justamente así que comenzó el psicoanálisis a existir para mí, riéndome con Woody Allen que me hacía reír, con la magia de transformar la angustia en reírse de sí mismo. ¿Acaso reírse de uno mismo no implica una cierta liberación?

Comenzar un psicoanálisis no es fácil, uno habla porque eso que le pasa le hace sufrir, eso que tanto duele te hace querer hablar. Hablar es la única manera de hacer algo con ello, de intentar salir de la sensación de impotencia y de pasividad, que se lleva arrasando durante un primer tiempo, en el

que lo peor es no entender qué te pasa, ni por qué. Decidir ir al psicoanalista es ya un hacer activo, lo pasivo implica el tiempo verbal de lo que te hacen, por ejemplo “ser mirado”, mientras que el activo es lo que uno hace, “mirar”.

Al ir hablando, algo va ocurriendo sin que uno lo sepa, así, puedo comenzar la sesión diciendo alguna cosa y sin saber cómo acabo diciendo otra, con mi consiguiente sorpresa pues no era lo que quería decir. Entonces salgo de la sesión pensando cómo es que he llegado a esta idea con la que me voy. A veces el enlace entre las cosas que voy diciendo es más claro, otras, sin embargo, es bien sutil y aunque no pueda concretarlo, sé que podré detectar sus efectos. La cadena asociativa o los enlaces como lo llamo yo, aun no entendiendo a dónde me llevan, sí sé que es la manera de ir descubriendo cosas que ni siquiera sabía de mí misma. Pienso que el psicoanálisis presta atención a lo que puede emerger como algo que no encaja, que no cuadra con la idea que uno tiene de sí mismo. “¿He dicho esto? No me reconozco. ¿Cómo he llegado a esta idea?” Son estos desvíos, los errores, las raras coincidencias, las repeticiones que detectas, los pensamientos que uno mismo considera extraños, todo lo que verdaderamente tienen interés, son acontecimientos singulares, inesperados, advenidos a partir de un entramado asociativo y que surgen en esa relación de palabra con el analista.

En el primer tiempo de mi psicoanálisis, después de una observación banal del psicoanalista, descubrí que

hablaba de lo que pensaba, creía, defendía y consideraba válido, como si fuesen hechos o actos realizados por mí, cuando solo estaban en mi cabeza, hablaba de mis fantasías y mis ficciones como si hubieran realmente ocurrido. ¡Qué más hubiera querido! Y me pregunté sobre el deseo que transitaba por ellas, tan potente como para hacerme errar tan acertadamente.

En otro momento hablé en sesión de la película, dirigida por Visconti, *Muerte en Venecia*, convencida del inevitable e intenso amor del protagonista por un joven de belleza sobreabundante. Yo sentía sobre todo el mismo dolor que él, me moría por un amor imposible de alcanzar. Este era el punto de mi identificación con este hombre sufriente. Pero un señalamiento de mi analista desveló la base o el enlace de esta identificación. A su cuestión de cuál creía yo era su desgracia para estar tan deprimido como para retirarse al balneario veneciano, no supe qué decir, me quedé en blanco, y al añadir, cuál era la muerte del ser querido sufrida por él, recordé vagamente una escena: la muerte de una hija. Y esto invirtió la cuestión para mí, su amor por este hermoso joven era una sustitución del amor por su hija perdida. Me di cuenta de dos cosas, una, mi deseo de ser ese joven que despierta semejante amor del padre, que es el mismo deseo de ser un chico que me habitó en mi infancia, y la pacificación que suponía pensar que un padre podía sentir semejante amor por una hija. Como el personaje de la película está inspirado en el compositor Gustav Mahler, quedé impresionada

no solo al saber que había perdido a su hija de solo cinco años, sino que también había sufrido la amarga pérdida de un hermano menor, en homenaje del cual comenzó a componer una ópera. Este segundo dato, iluminó el elemento común, pues mi padre también perdió a su hermano menor y yo había visto cómo se le inundaban los ojos de lágrimas cuando hablaba de él, aun habiendo pasado tantos años. Quizá podríamos postular en relación a lo que acabo de contar, que el afecto, el dolor y morir de pena, es el testimonio de lo que no sabía, de lo reprimido, por eso para ese afecto aparecen dos elementos significantes en relación al amor del padre, el relativo al deseo de ser un chico para ser amado por el padre, y el amor que un padre despierta en una hija, es decir, el amor del padre incluye las dos direcciones, ser amado por el padre y amar al padre.

El periodo más duro de mis sesiones de psicoanálisis fue cuando me invadió un sentimiento de odio intenso dirigido hacia un Otro, encarnado en el psicoanalista, que me demandaba y quería algo de mí. Y cuanto más odio sentía, más enmudecía. Fueron sesiones de un mutismo brutal que inundaba el espacio de una silenciosa pero evidente hostilidad mortífera. Creo que fue un momento muy regresivo, me movía entre sensaciones, percepciones y afectos, sin poder poner palabras. Era, sesión a sesión, una batalla interna, me habitaba una destructividad imperiosa, acompañada de una aguda captación hacia el Otro. Agradecí que de parte del psicoanalista no hubiese

palabra ninguna relativa a mí, algo que hubiera podido ser explosivo, cualquier palabra hubiera vehiculado un pedido, una demanda, una exigencia, y agradecerí que, de esta manera, sostuviese su presencia en silencio y con ella, su lugar y su posición, su silencio acompañaba mi mutismo, en su silencio encontré un sostén, la imagen de una madre que sostiene a su hija enferma en brazos, que la mantiene junto a ella, hablándole con el lenguaje del cuerpo. Gracias a este reconocimiento intersubjetivo, pude liberarme del dominio y apresamiento del Otro, fantasma que fijaba irremediabilmente mi odio, un reconocimiento que permite separarse sin sentirse tan culpable.

Me parece que el Otro, puede presentarse como abstracto, impersonal, demandante, y, sobre todo, angustiante, despertando una angustia primaria, como la de ser devorado, tragado, hecho desaparecer. Sin embargo, la imagen de la madre abrazando a una hija, sosteniéndola, calmándola, hablándola, muestra una cara personal, afectiva, compasiva, ella es un sujeto, la madre, que me reconoce a mí, la hija, como un sujeto, en este caso sufriente, es la configuración de una relación intersubjetiva, entre dos sujetos.

Podría seguir contando otros momentos de mi psicoanálisis, así como, algunos sueños y el descubrimiento del deseo que los atravesaba, deseo realizado en el sueño. Lo voy a dejar para una próxima vez si se presenta.

Unas palabras más que me gustaría decir para poner fin a mi escrito. Creo que para avanzar es importante

hacerse preguntas, no dejar de preguntarse, como los niños cuando preguntan sin cesar, una simple pregunta puede llevar a un descubrimiento, y a dar un nuevo paso. He aprendido en mi psicoanálisis que para una pregunta no hay una respuesta, hallar una respuesta lleva tiempo y supone trabajo, es una búsqueda constante, porque cuando crees haber hallado lo buscado la mayoría de las veces eso es desilusionante, en realidad uno descubre que lo que vale y da fuerza es el viaje de búsqueda, y que lo hallado no tiene valor en sí sino como causa de un nuevo viaje. Este viaje del psicoanálisis es muy interesante y temo apasionarme.

ROSA NAVARRO FERNÁNDEZ

Médico Psicoanalista
con consulta en Reus
Miembro de Umbral,
red de asistencia psi,
y del Equipo de Umbral-Tàrraco
Miembro de la Fundación Europea
para el Psicoanálisis
Forma parte del Consejo Editorial
de la revista *Trauma Estudios de
Clínica Psicoanalítica*
Publicación de artículos en *Trauma*,
Lapsus de Toledo
y en *La Clinique Lacanienne*.
rnavarrofernandez@gmail.com

Entrevista a Miguel Missé

MARIANA LEIBNER ALVAREZ



Hablamos con el sociólogo y activista trans Miguel Missé (Barcelona, 1986), quien en la última década ha ganado su lugar como referente social con su defensa de una cultura trans crítica y plural. Trabaja activamente en diferentes proyectos del campo de la diversidad sexual y de género, la pedagogía y las políticas públicas. Nos recibe en La Bonne, un espacio de investigación y debate, alojado en la emblemática Biblioteca Francesca Bonnemaison.

¿Ser trans es una identificación sexual en sí misma?

Ser trans es una identificación y así mismo eso es un debate para mucha gente. Porque hay gente que no se explica a sí misma el proceso como algo con lo que se identificó, si no como algo que uno es en esencia, es decir, es un hombre o una mujer y lo que está mal es el cuerpo, digamos, pero no es que uno se identifique en el sentido de hacer el proceso de aproximarse a otra identidad, si no que eso es lo que uno ha sido siempre. Ese es uno de los debates en la comunidad trans. Por otro lado, el término sexual es confuso porque no sabemos si hace referencia

al cuerpo o a la sexualidad. Yo diría que es una identificación de género, en cualquier caso, para mí tiene que ver con una identificación.

¿Entonces sería algo que se construye o podemos decir que se nace con un género determinado?

Para mí es algo que se construye. Además es interesante porque; ¿la gente se identifica como trans o se identifica como un hombre o como una mujer y fruto de que no nacieron en esos cuerpos eso les convierte en personas trans? Mi primera identificación, por ejemplo, no fue con la comunidad trans sino con los hombres, trans es algo que aprendí después. Hoy en día quizás me identifico más con los hombres trans que con aquellos que no lo son. Dada la emergencia de la cuestión trans, actualmente hay mucha gente que sí se identifica con la cuestión trans en un primer término, como un lugar más híbrido, más fluido o menos encorsetado en una lógica binaria, pero

creo que convive la gente que se identifica con lo trans con la que se identifica con su género opuesto, no sé si me explico. Para mí las identidades de género se construyen tanto para las personas trans, como para las que no lo son. No creo que haya una esencia en relación al sentimiento. Puede ser que la gente tenga inclinaciones hacia comportamientos o aficiones, no sé si naturales o no, que se forjan en alguna etapa de la vida más iniciática y lamentablemente en nuestra sociedad, esos comportamientos están muy encasillados en solo dos cuerpos y dos identidades posibles. Así que, si bien creo que la identidad es algo que claramente se ha construido y es un concepto que atribuimos a unos comportamientos asignados como hombre o mujer, no sé si me importaría mucho saber si esos comportamientos son genuinos, o incluso de nacimiento, si es que es un debate imposible!

No soy un abolicionista del género. Creo que la gente tiene que poder expresarse con la mayor libertad posible y que eso no la condene a tener que tomar decisiones vitales para poder vivir como quiere. Ojalá un niño que sea muy femenino, pudiera vivir como un niño muy femenino y no tuviera que vivir en una sociedad que le diga que para poder vivir esa forma de feminidad la única posibilidad es ser una niña. Ese para mí es el foco del problema que se da en la infancia pero en la adultez también. Creo que tenemos unas categorías muy rígidas para pen-

sar el género.

¿El recorrido hacia la construcción de una identidad de género, es sociológico y luego individual?

No sé si se puede discernir. Creo que la forma de pensarnos a nosotros/as mismos/as, está tan impregnada de un discurso sobre el género, tan binario y tan rígido, que no sé si uno puede hacer eso en dos pasos. Pensar cómo sería yo si pudiera vivir en una sociedad más libre y cómo me siento en ésta, creo que es una cosa que se da a la vez, no hay una mirada individual que esté exenta de un imaginario tan potente sobre el género. Otra cosa es que uno luego pueda tener fantasías de que quizás en un contexto menos rígido, podría vivir de una forma más abierta, pero eso es una fantasía o una utopía que algunos tenemos. No puedo decir que esta hipótesis mía sea la verdadera pero creo que cuanto menos rigidez, más felicidad.

¿Dónde está la subjetividad en esa construcción en su sentido político?

Es una pregunta difícil. Para mí no pierde valor que una cosa sea fruto de concepciones sociales o mensajes que se han ido incorporando en lo inconsciente, no hace menos real o menos importante tu deseo. A veces, cuando dices que estás construido socialmente, lamentablemente se inter-

preta que ese impacto, es porque tú no estás siendo muy tú y en una sociedad como la nuestra que prima estos valores del individuo constantemente, el individuo más auténtico sería el que tiene mayor capacidad para prescindir de esos mensajes sociales. Al contrario, creo que esos mensajes sociales son los que nos hacen humanos, nos hacen inteligibles y a la vez nos encorsetan, entonces no existe una subjetividad sin esas constricciones. Tomamos decisiones fruto de esas tensiones políticas. Creo que son dos cosas a la vez; son deseos que configuran nuestra subjetividad y son reales, pero en un abanico de posibilidades que nos han dado muy limitado.

En tu libro *A la conquista del cuerpo equivocado* (Ed. Egales) planteas que la transformación corporal no es el único camino, ni la garantía que dé una salida al malestar psíquico de las personas trans.

Sí. Como primer elemento; yo soy profundamente respetuoso con las elecciones vitales que hace la gente trans. Los itinerarios individuales y cómo la gente encuentre estrategias para sobrevivir en nuestro mundo siendo una persona trans y cómo gestione el malestar con su cuerpo, son actos en los que yo no estoy planteando ni siquiera una discusión. Pero sí planteo una discusión respecto a los relatos que nos han explicado a las personas trans, y que de alguna forma hemos re-
troalimentado; como que solucionar el malestar corporal solucionaría nuestro

malestar en el mundo, eso no lo tengo tan claro. Es cierto que para mucha gente la modificación corporal, incluso para mí, nos ha ayudado mucho a reconocernos en el grupo de referencia en el que más nos identificamos. Pero una cosa es que a corto plazo, a nivel individual, nos sirva para vivir mejor y otra cosa es que, si lo miramos en una perspectiva más global, lo que genera nuestro malestar tiene que ver con nuestro cuerpo o tiene que ver con un discurso en nuestra cultura sobre el cuerpo. Creo que si vamos al fondo de la cuestión no tiene que ver con el cuerpo, tiene que ver con que nuestros cuerpos parece ser que no son habitables, cuando lo son, son cuerpos sanos pero que parece ser que no son “aptos” para vivir en este mundo. Claro, yo creo que ahí hay que lanzar un debate muy profundo.

Históricamente la política trans ha abandonado ese campo del debate, lo ha abandonado por centrar más su energía en reivindicar el derecho a la modificación corporal, cosa que puedo entender, pero creo que en nuestro contexto, es muy importante que tengamos un debate muy serio sobre si en el futuro queremos una mayor libertad, una mayor felicidad, las personas trans tenemos que jugarlo todo a la cuestión corporal, yo eso no lo comparto. Entiendo y a mí me ha ayudado, pero son dos cosas a la vez, podemos plantear que la modificación corporal siga existiendo, pero vamos a hacer un camino en otra dirección, a ver qué pasa. Y lo peor que puede pasar es que nos hayamos equivocado y que siga siendo

igual de importante. Pero pienso que si lanzáramos nuestros dardos contra los discursos entorno al cuerpo y al género, ganaríamos también en cómo vivimos nuestro cuerpo las personas que hoy en día estamos viviendo esa realidad en este contexto histórico. Una vez más es una hipótesis, quizás me equivoque, pero la diferencia entre mis planteamientos y los de otras personas que intervienen en este debate, es que yo puedo reconocer que son hipótesis quizás equivocadas. A veces me veo en un debate en que alguna gente promete que tiene la verdad y que le cuenta a la gente trans, incluso mucha gente trans, que cuenta que tiene la verdad de la solución al problema. Yo no me atrevería a decir que tengo la solución al problema.

¿Los métodos farmacológicos como la hormonación, ayudan a moldear la identidad sexual?

Es algo que se retroalimenta. No es que uno tenga una identidad de género y después siga un tratamiento médico, si no que el tratamiento médico también construye una nueva forma. Cuando yo empecé mi transición, era muy joven y tenía en mi cabeza una identidad clara, pero es verdad que cuando empecé a cambiar mi cuerpo en esa dirección, aprendí otras cosas sobre mí mismo, sobre la mirada de los demás sobre mí, sobre si estaba cómodo con esa mirada, sobre dónde quería ir y exactamente, qué tipo de hombre quería ser. Eso tiene que ver con ser más o menos percibido como un hombre, o sea, la modificación corporal por

supuesto, matiza. Porque al final estamos hablando a lo bruto de que la gente trans se siente hombre o mujer y yo quiero pensar que hay muchos matices posibles. Hay grados, qué tipo de hombre y qué tipo de mujer y por qué. Este es un debate, que podría beneficiar mucho incluso a la gente que no vive esas experiencias. Las personas trans hemos tenido que contestar tantas veces a la pregunta de por qué somos hombres o mujeres, que hemos tenido que elaborar mucha reflexión sobre eso. (También nos ha generado mucho daño, tener que poner palabras a lo que es difícil poner en palabras. Aplicar un relato conciente, racional, de quiénes somos, es una exigencia que se nos hace mucho a los trans y que a veces es problemática). Creo que ese ejercicio que hemos tenido que hacer nosotros, sería también enriquecedor que lo hiciera la gente que no es trans, que todo el mundo se lo preguntara; si eres una mujer por ejemplo, porqué eres una mujer, qué te hace ser una mujer.

Como psicoanalista puedo decir que muchísimas personas se preguntan durante su análisis, qué es ser un hombre, qué es ser una mujer y qué hay en uno mismo de masculino o de femenino. Siempre hay fantasías, sueños y deseos, difíciles de explicar conscientemente.

Pero sería super interesante que esos relatos también participaran del debate público sobre la identidad de género y no solo las personas trans. Sería interesante ver a esos hombres y

a esas mujeres que aparentemente son gente segura, dirimir sobre sus dudas. Sería profundamente liberador para mucha gente que tiene dudas y que solo oye el discurso de que “si uno tiene dudas es que tiene que transitar” ¡porque no es así! El espacio de la duda es el que hay que alimentar. Por supuesto no es una evidencia ni una obviedad ser un hombre o una mujer. La rigidez tiene que ver con construir un mundo en el que hay gente que está segura y gente que no. Y claro, si duda un poco la gente ya siente ansiedad porque piensan “si dudo debe ser que soy trans” porque parece que todo el mundo lo tiene tan claro. Hay que quebrar esa idea de que todo el mundo lo tiene tan claro. Efectivamente, la gente en su intimidad profunda, o en un análisis, abre esas puertas. Creo que abrir eso, aunque dé miedo o nos haga sentir vulnerables, relajaría mucho las tentativas de transitar, como pensar que vas a un lugar “mejor” porque “los demás no dudan”. A mí me habría relajado saber que todo el mundo duda en algún momento.

¿Qué peso tiene el modelo biologicista en todo este proceso?

Un peso enorme. Aunque a veces los activismos trans críticos intentan desplazarlo del debate. El modelo biologicista se está moviendo muy rápido porque está pasando de un modelo patologizador a un modelo esencialista pero que aparentemente apuesta por la diversidad. Es decir, antes te decían “esta gente tiene una enfermedad” y ahora dicen “es una cosa de nacimien-

to que hay que respetar porque forma parte de la diversidad humana” y no niego que haya mucha gente progresista sosteniéndolo, pero para mí el marco teórico no está tan lejos, siguen siendo discursos biologicistas. Me parece que no hemos salido del marco en el que esto son esencias y creo que hay que romper ese marco. Sigue jugando un papel muy importante, porque el discurso biologicista sigue dando grandes seguridades a la gente, es un discurso de causa-consecuencia (que por cierto luego se refuta a sí mismo y no pasa nada). Pero quienes venimos de las humanidades entre otras disciplinas de pensamiento, estamos más acostumbrados/as a asumir que nuestras propuestas no ofrecen seguridad a todo el mundo. Lamentablemente, cuando la gente sufre mucho prefiere un argumento científico, a una propuesta más abierta aunque quizás más inestable. Quizás tiene que ver con nuestra cultura, con preferir certezas que sabemos que son cortoplacistas, por tenerle miedo a la duda. Por no vivir la duda como un espacio de crecimiento si no como una amenaza.

Abogas por no supeditar la identidad social trans al binomio hombre/mujer, incluso marcas la contradicción de ese supuesto éxito social que alcanzan algunos al pasar desapercibidos.

La identidad trans en sí misma ya existe, hay gente que se identifica como hombre o mujer y hay gente que se identifica como persona trans, o como hombre trans o mujer trans. Las

identificaciones son individuales y hay quienes quieren desprenderse de esas categorías. Creo que si lo pensamos en un plano más global políticamente, no es buena idea hacer como si lo trans fuera un trámite que se vive para llegar a una identidad de destino que sería la adecuada. Creo que es problemático porque actualmente observamos que la gente trans ha ganado una enorme aceptación social, pero a costa de una mayor invisibilidad. La gente trans que ha ganado visibilidad social es la que menos parece trans, no hay que ser un genio para ver que no es que la transexualidad tenga más aceptación, si no que la normalización de la gente trans encaja mejor en el modelo, por eso me parece muy importante no confundirnos. Yo me alegro de que muchos pasen desapercibidos como personas trans, si es lo que desean. Ahora, para un mundo más rico en cuanto a identidades de género, jugar todas las cartas a que todo el mundo sea invisible no es buena idea, porque siempre va a haber gente que no podrá ser invisible. Es importante que generemos referentes y relatos que abran espacio para quienes están iniciando ese recorrido, no solo mimetizando en el modelo dominante. Descubrir que uno puede no operarse es para muchos de nosotros algo muy revelador y es gracias al trabajo de muchos/as activistas trans que visibilizaron sus cuerpos sin ser modificados y mostraron que podemos vivir con nuestro cuerpo. Luego que cada uno elija, pero conociendo el margen de elección real. Cuantos más referentes tengamos, mayor será la libertad.

¿Qué opinas de la mercantilización capitalista que hace de los movimientos de liberación sexual, un objeto de consumo?

No me sorprende, ya tardaban en darse cuenta de que la comunidad LGTB también puede ser un nicho de mercado. Como siempre, un mercado para quienes tengan la capacidad de pagarlo. Se trata de vender y ganar, con todo el cinismo que ello implica. Como la industria de la reproducción asistida o la gestación subrogada, responden al modelo capitalista. Todos podemos ser un producto de mercado, menos los pobres. Hay que tensar esto, no porque formemos parte del movimiento LGTB, sino porque es un modelo que genera desigualdades.

Freud descubrió, allá por el año 1905 en Tres ensayos de teoría sexual, que durante el desarrollo infantil, la bisexualidad es lo más normal del mundo, descubrimiento que causó un gran revuelo en la sociedad de su época y aún es ignorado por amplios sectores. Inclusive durante la etapa adulta, la erotización del cuerpo y las identificaciones, más o menos inconscientes, fluctúan entre lo masculino, lo femenino, la ambigüedad, el letargo o la actividad.

La infancia se revela como un lugar donde las personas son, (aunque en el debate de la expresión de género cada vez están más impregnados de un

relato muy “adultista”) sin estar necesariamente explicándose lo que son, están comportándose, sin hacer una reivindicación de lo que son, simplemente están siendo. Lamentablemente el paso a la adolescencia es un momento de gran castración de los deseos sexuales. Hay que tener presente que tener una orientación fija y certera del deseo durante toda la vida es algo muy raro. ¿Cómo una persona de 12 años lo va a saber? Olvidamos que la orientación de género, como la identidad sexual, se experimentan en la vida.

¿Qué opinas del tratamiento que se está haciendo de los menores trans?

Es un tema muy delicado. Hay familias muy preocupadas en que sus hijos no sufran. Los relatos mayoritarios que se ofrecen a estas familias están a menudo instaurados en discursos muy esencialistas, como si existiera una respuesta sobre lo que realmente está pasando, es o no es un niño o una niña, como si se pudiera saber. Es algo muy difícil de saber en cualquier individuo y no quiero ser relativista; son aprendizajes, decisiones, cosas que se van configurando a lo largo de la infancia y la adolescencia, principalmente, sobre lo que no se puede tener certeza. La mayoría de los discursos en nuestro contexto que se desarrollan para acompañar a las familias tratan de lanzar un mensaje tranquilizador enfocado en es/no es, muy colocados en la lógica de la anticipación. Estaría bien si pudiéramos pensar que quizás parte del acom-

pañamiento pasa por asumir la incertidumbre. Y la incertidumbre a veces es dolorosa, da miedo, da inseguridad. Pero si pudiéramos hacernos cargo de que dudar sobre eso no es malo, ni es enfermizo, nos daría menos miedo.

La gente que tiene hijos/as tiene que saber que puede ser que sus hijos/as tengan alguna vez expresiones de género que no son las esperadas, porque están explorando el mundo, porque están buscando quienes son, porque están inspirados por lo que les rodea y eso no necesariamente se concluye en una ruptura con su identidad asignada. La identidad que a uno le asignan cuando nace es tan real o ficticia como la que uno elige luego, son identidades que en sí mismas son categorías construidas. En la cuestión de la infancia trans, creo que faltan muchos más relatos de cómo lo hacen las familias que tienen esas experiencias con sus hijos/as y no acuden directamente a una transición de género. ¿Cómo lo hace la gente que intenta dar espacio a la incertidumbre? Esos relatos también son muy importantes, creo que inspirarían muchas cosas. No digo que a un niño que dice que se siente niña no hay que escucharle, digo que hay que escucharle atendiendo a su momento vital, atendiendo a lo que puede sostener o no, a lo que hay detrás, a lo que puede estar queriendo decir una persona de 4 años con “soy una niña”, y no trasladar directamente el relato adulto de la transsexualidad a un pequeño/a, porque no es lo mismo que lo diga una persona de 25 años a que lo diga alguien de 4.

¿Cómo defender la diversidad de género?

Muchas veces digo que una buena política trans, ya no sé si sería tan solo visibilizar a la gente trans, o visibilizar a hombres femeninos y mujeres masculinas. Para mí el objetivo no es que cuando la gente transite tenga un lugar en el mundo, si no que me pregunto ¿por qué la gente transita? La gente transita porque está muy incómoda y esa incomodidad originaria es lo que a mí me

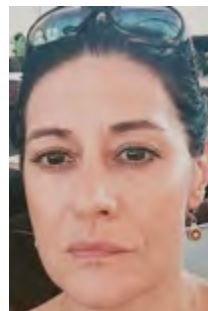
interesa políticamente. La transición es una forma de confrontar esa incomodidad pero no es la única. Y no lo digo porque la transexualidad me parezca mal, es la mejor idea que hemos tenido hasta ahora. Pero creo que podemos tener mejores. Hoy en día está muy polarizado entre si uno es trans o no lo es, creo que en medio hay mucha gente que sufre, porque no está cómoda con una cosa ni con la otra y creo que ahí hay que abonar el terreno.

MARIANA LEIBNER ALVAREZ
es psicoanalista y miembro de
Umbral-Red. Miembro del Equipo
editorial de la *Red-vista de Umbral*
mariana@psibarna.com
www.psibarna.com



Por qué el psicoanálisis hoy

M. LAURA FRUCELLA



En conversaciones de bar, en reuniones con diferentes personas, me encuentro a menudo con la pregunta: ¿psicoanálisis? ¿hoy día? ¿no está eso ya pasado de moda?

En efecto, predomina en nuestra sociedad una percepción del psicoanálisis que lo coloca a la altura de una moda antigua. Es una creencia común la idea de que un terapeuta aggiornado debería basar su clínica en la terapia de movimientos oculares, el mindfullnes, el coaching o el enfoque cognitivo conductual. Hay también otra tendencia, que piensa que el psicoanálisis es una práctica esotérica, y por lo tanto subsumible al epíteto de pseudociencia.

Los psicoanalistas somos poco dados a explicar nuestros fundamentos entre personas ajenas a nuestro ámbito, lo cual es de lamentar, puesto que de ese modo se cierra la posibilidad de dar a conocer no solamente una práctica eficaz en materia de padecimientos psíquicos, sino también una de las reflexiones más lúcidas acerca de la subjetividad humana aparecida en el siglo XIX.

¿Edipo?

En términos generales, hay en España un gran desconocimiento res-

pecto del psicoanálisis. Y puesto que cercano a él han emergido prácticas terapéuticas que fácilmente entran en relación con la astrología y las ciencias ocultas, como la obra de Carl Jung, no es infrecuente encontrarnos con la suposición de que la perspectiva freudiana participa de un universo esotérico y abierto a conexiones cosmológicas. ¡Nada más lejos!

Sí se conoce, en cambio, el nombre de Sigmund Freud, y vagamente, la noción del Complejo de Edipo que él ha desarrollado a medida que profundizaba en su clínica, inspirado por la tragedia de Sófocles.

La idea de que un complejo así regularía universalmente las relaciones familiares suele despertar reticencias desde distintos lugares.

Por un lado, el sentido común acostumbra ponerse en guardia: un amor incestuoso hacia un progenitor y un odio criminal hacia el otro, no son cuestiones que estamos dispuestos sencillamente a concebir. Entre quienes están familiarizados con la idea, muchos lo consideran anacrónico y fantasioso.

Por otra parte, una crítica más justa y fundada se deja oír con insistencia en nuestros días. Se trata de aquella que apunta que las familias actuales no siempre se componen de padre, madre e hijos, puesto que el modo de organización llamado “patriarcado” -esto es, aquel que se legitima en el dominio masculino y la hegemonía de las relaciones heterosexuales- ha perdido su lugar de paradigma excluyente.

Pero detengámonos un momento a pensar qué pudo haber inclinado a Freud a buscar en la tragedia de Sófocles las claves de la constitución psíquica en el ser humano.

Edipo ha matado a su padre, pero no lo sabe. Ha cometido incesto al tomar a su propia madre por esposa, pero tampoco lo sabe. Edipo, sin embargo, quiere saber, y en esa búsqueda de la verdad se encuentra con la terrible realidad: la profecía del oráculo se ha cumplido de todos modos.

¿Qué nos dice el mito de Edipo? Que en el origen del sujeto hay una falta de la que él nada sabe, y que será el punto a partir del cual emergerá, para cada ser humano, una historia particularmente entrelazada entre el deseo y la ley.

Deseo por la madre que se enfrenta con la ley paterna que lo prohíbe. Sí, podemos verlo de ese modo. Pero aún es posible afinar un poco más nuestra reflexión, inspirándonos en lo que nos hizo pensar Jacques Lacan: ¿por qué sería la madre, de entre todas, la mujer elegida por el sujeto para amar, sino porque es precisamente

el objeto de deseo del padre? De ese modo, se invierten los pasos; no hay un deseo primero que luego es castigado por la ley sino una ley a partir de la cual se funda el deseo. Deseo que tendrá siempre, en adelante, estrechas relaciones con lo prohibido.

El psicoanálisis nos ha revelado la relación entre el deseo y la ley como nadie lo ha hecho, y es por ello que su puesta en funcionamiento clínico llega mucho más lejos que otros tratamientos. No podemos desear a voluntad, como pretenden las arengas motivacionales elaboradas por las terapias basadas en la cognición y la conducta. Simplemente porque los resortes del deseo no son nada simples.

En la consulta, es frecuente el pedido de trucos o sugerencias de medicación para estar más despiertos, más motivados. Hace tiempo atendía a un hombre al cual su esposa demandaba imperiosamente más entusiasmo y más atención a sus hijos. Quería dar respuesta a sus reclamos, pero apenas llegaba a su casa luego de trabajar muchas horas, se sentaba en el sillón del comedor y se dormía, inevitablemente. Estaré deprimido, afirmaba, repitiendo lo que su mujer decía sobre él, que estaba deprimido. Preguntaba insistentemente acerca de ejercicios mentales que consiguieran animarlo. Le hice notar, entonces, que se dormía para escapar de las acuciantes demandas que se precipitaban sobre él al volver del trabajo. Su peculiar síntoma sólo comenzó a modificarse cuando algo cambió en la relación con su mujer y sus demandas.

Más allá de Edipo

Que el Complejo de Edipo, en tanto fábula que intenta explicar el origen del deseo y la ley en los seres humanos se ha quedado desactualizado, es en verdad del todo evidente. Es necesario pensar que cuando Freud consigue formalizar su reflexión mediante el recurso a esta tragedia, el modelo familiar prevalente, al menos en sociedades occidentales, era casi siempre el constituido por padre, madre e hijos. Hoy día hay tal diversidad de formaciones familiares – homoparentales, monoparentales, con miembros de diferentes parejas, etc.- que hace falta preguntarnos si algo de la hipótesis freudiana queda aún en pie.

Durante el siglo XX, el psicoanálisis ha sido fecundado por corrientes de pensamiento provenientes de otras disciplinas, tales como la lingüística, la antropología, la filosofía, la lógica y la topología entre otras. Alrededor de los años sesenta, muchos autores de estas disciplinas confluyen en un estilo de reflexión llamado estructuralismo. Uno de los rasgos más importantes del estructuralismo en esa coyuntura es la idea de que la estructura de diferentes fenómenos o dinámicas sociales se mantienen no tanto por determinados elementos presentes, sino porque ciertas funciones están siempre operativas, aunque puedan ser cubiertas por diferentes actores. Esto ocurriría, pues, en una multiplicidad de “objetos” de estudio tales como el lenguaje, los acontecimientos sociales, las revoluciones o la configuración de grupos humanos.

No nos resulta difícil de concebir este planteo. Afortunadamente, estamos acostumbrados a entender, por ejemplo, que determinadas funciones públicas como ministerios, consulados, presidencia, etc. son “casillas vacías” que irán a llenarse con unos u otros representantes políticos. En cambio, para las relaciones familiares siempre ha primado una idea más rígida en la cual el padre, por su sola eventualidad de ser el progenitor masculino, desempeñaría ciertas funciones fijas.

De la mano de Jacques Lacan, el psicoanálisis comienza a ser impregnado por el estilo estructuralista, y de ello resulta la posibilidad de afirmar que, a nivel de relaciones familiares, las distintas funciones pueden ser cubiertas por diversos personajes. De este modo, no es necesariamente un padre quien cumple la llamada “función paterna”, que es, antes que nada, una función de corte respecto del primer lazo afectivo del sujeto con quien lo asiste en su desvalimiento inicial. No es tampoco exclusivamente el padre quien enuncia la ley y sus prohibiciones, puesto que la mujer que tiene un hijo está totalmente inmersa en la civilización y, por ende, es transmisora de leyes e interdicciones.

¿Qué conservamos, entonces, del Complejo de Edipo? Principalmente la idea de que los sujetos nos constituimos en dos tiempos. Hay un primer momento de indiferenciación respecto de quien nos acoge, alimenta y protege, y otro durante el cual se produce la necesaria separación. En el intervalo,

nuestra subjetividad permanecerá profundamente signada por estos dos momentos, y de su pasaje a través de ellos quedará una marca insoslayable. Marca que nos acompañará siempre como a Edipo, repartido entre aquel incestuoso asesino sin conciencia de serlo y el hombre horrorizado ante la vista de la tragedia que han desencadenado sus faltas inconscientes.

Dos tiempos, pues. Uno de alienación y otro de separación.

Si estamos algo acostumbrados a reflexionar sobre nuestros afectos y lazos cotidianos, notaremos que estos dos tiempos se presentan a diario. Nos cuesta despedirnos de un amigo, terminar una conversación telefónica, asumir una separación amorosa. Nos cuesta incluso, muchas veces, expresar lo que pensamos en el momento de una discusión, y ni bien nos alejamos de las personas con quienes discutíamos, se nos ocurre la respuesta perfecta. ¡Diderot lo ha nombrado *el ingenio de la escalera*! La expresión lo ilustra sabiamente. Nos embarga el mutismo en ciertas situaciones pero luego, al bajar por la escalera despegándonos de la escena, las palabras adecuadas brotan en nuestro pensamiento como por arte de magia.

El psicoanálisis ha reparado muy pronto en estos dos tiempos. Freud decía que todo lo que nos separa del mundo animal se debe a que en el hombre, la sexualidad no alcanza su maduración total al mismo tiempo que las demás funciones. Hay una especie de “retardo” de la función sexual, que queda en latencia durante los años de

infancia para desarrollarse después. A esta pausa del instinto le deberíamos todo el “invento” de nuestra civilización, intervalo que habría dado lugar a los mecanismos que fundan el psiquismo humano..

En este punto radica uno de los malentendidos más corrientes respecto del psicoanálisis, al que se lo ha acusado de “pansexual”, esto es, de sostenerse en una concepción según la cual toda conducta humana está determinada por la sexualidad. Esta idea tan frecuente entre los detractores del psicoanálisis confunde una hipótesis de orden especulativo -referente a los orígenes de lo humano- con un reduccionismo a la hora de ponderar las acciones de los hombres, reduccionismo del cual el psicoanálisis no es responsable.

La experiencia de un análisis

Al plantearnos la posibilidad de comenzar un tratamiento psicoanalítico hemos de considerar que para ello hace falta simplemente una cosa: estar dispuestos a saber sobre nuestro deseo. Lo que nos acerque a la consulta del analista puede ser un padecimiento profundo o ligero, un estado de insatisfacción o incluso una pregunta, pero el desvelamiento de lo que ocultan nuestros síntomas será inevitable aunque, afortunadamente, el acompañamiento del psicoanalista hará que el camino no se parezca al tormento de Edipo.

La relación con el analista constituye un vínculo particular, al que llamamos transferencia. En términos generales, podemos describir la trans-

ferencia como el fenómeno por el cual desplazamos, hacia otras personas, formas tempranas de vincularnos afectivamente.

Este desplazamiento cobra gran importancia en la relación con el psicoanalista. Podemos decir que es uno de los motores de la cura, puesto que en el escenario de la transferencia se repiten y actualizan amores y odios que surcaron nuestra historia, sin necesidad de traer a la memoria minuciosamente todo recuerdo de infancia.

He aquí otro de los rasgos que, erróneamente, se suelen achacar al psicoanálisis: el deber de realizar un detalle pormenorizado de recuerdos biográficos. Es opinión generalizada que un tratamiento psicoanalítico resulta necesariamente extenso en razón de la indagación ordenada del pasado a la que obliga. Es cierto que historizar nuestra vida es parte importante de un análisis, pero esto no se lleva a cabo sistemáticamente ni por alguna suerte de imposición, fundamentalmente porque el inconsciente no se ordena según criterios cronológicos. Freud comparaba al aparato psíquico con los hallazgos arqueológicos: con frecuencia se encuentran restos fósiles en las capas más superficiales de la corteza terrestre. Llevado a nuestro terreno, encontramos afectos, modalidades vinculares o padecimientos que son verdaderas reliquias de otros tiempos. Los traumas son el ejemplo más acabado de estas reliquias: ciertos eventos vitales que han marcado profundamente nuestro modo de ser, siguen estando “activos” a pesar del paso del tiempo y continúan

produciendo grandes malestares.

En relación al trauma, es mucho lo que ha aportado el psicoanálisis. Es común la idea de que para “curarnos” de un trauma hace falta recordarlo fidedignamente, tal como ocurrió. Esto parte de la idea equivocada de que los sucesos se conservan en nuestra memoria objetivamente, cual si fueran fotografías o grabaciones. El mismo Freud creyó, al principio, que accediendo a los recuerdos traumáticos por hipnosis conseguiría desvelar lo que ocurrió realmente, al tiempo que ese acceso por sí mismo permitiría liberar los afectos penosos allí asociados. Pronto se dio cuenta de que esos traumas “revividos” en la hipnosis eran, en muchos casos, curiosamente parecidos. ¿Sería posible que casi todos sus pacientes hubieran sufrido seducción temprana por parte de algún adulto cercano? Esta y otras clases de recuerdos traumáticos similares se repetían como patrones fijos en diferentes personas. Es así como Freud realiza un descubrimiento crucial: en los seres humanos, aparecen ciertas escenas típicas alrededor del núcleo traumático, pero lejos de ser ellas mismas el verdadero trauma, son ya construcciones, elaboraciones a partir de él. A estas escenas le llamó fantasías originarias, y son aquellas cuya función es dar respuestas a los enigmas primordiales acerca del origen del sujeto, del origen de la sexualidad y de la diferencia sexual.

El trauma, en efecto, es ya una interpretación que nos damos respecto de aquello que no podemos saber, y que atañe a nuestros orígenes. Lo trau-

mático es todo lo que se organiza en torno al agujero del origen. Hablamos de agujero puesto que no hay aún palabras para situar y ordenar nuestras primeras vivencias en el momento en que ocurren, y solo en un segundo tiempo, retroactivamente, podremos atrapar con la ayuda del lenguaje algo de lo que aconteció entonces.

¿Qué podemos esperar de un análisis?

Si vienen ideas obsesivas, respira profundamente, evoca una bella imagen. Si surge ese miedo incomprensible, chasquea los dedos y pon la mente en blanco... Abordar un gran dolor, un miedo irracional, una angustia perturbadora tratando de imponerle algún elemento – acción física o imagen mental, prescriptos sin siquiera atención a la singularidad de cada caso- es una empresa abocada a fracasar estrepitosamente. Como si pretendiéramos curar una fractura ósea cubriendo la lesión con una gasa.

El psicoanálisis, podríamos decir, va al hueso.

Pero a diferencia de los saberes que se dicen “científicos”, no pretende funcionar para todos. Que todos tenemos un inconsciente y mecanismos psíquicos que inciden en el mayor o menor grado de padecimiento propio, no cabe duda. Pero no todo el mundo tiene tal relación con su inconsciente que haga posible o deseable el paso por un análisis.

Esta falta de aspiración de la

práctica psicoanalítica a “funcionar para todos”, es a veces confundida por quienes creen que todo aquello que no es universalizable -esto es, extensible a la totalidad del género humano- es pseudocientífico. Y lo curioso es que incluso en las prácticas médicas hay siempre un margen de incertidumbre respecto de la eficacia de determinados tratamientos, lo cual es comprensible dada la imposibilidad de controlar la enorme cantidad de variables que intervienen en el cuerpo humano. Pero aun así, muy pocos son capaces de descalificar a la medicina porque fracase en tantas ocasiones.

Indudablemente, no todo el mundo precisa un análisis. Hay quienes saben hacer muy bien con sus síntomas, duelos, angustias o miedos sin tal necesidad. Otros sufren, pero prefieren evitarse saber sobre la raíz de sus sufrimientos. En esos casos, elegir un tratamiento psicoanalítico es una apuesta valiente.

¿Qué podemos esperar de un análisis?

Con frecuencia, al cabo de pocas entrevistas se producen los primeros efectos de alivio. La sola puesta en palabras de nuestros pensamientos ante otro que escucha y sabe orientarse en nuestro discurso, introduce algo nuevo y, en muchas ocasiones, es suficiente para dar lugar a una sensación de mejoría. Pero no debemos engañarnos: se trata solamente de unos primeros pasos, y la ganancia de bienestar podrá diluirse rápidamente si no continuamos más allá de esos momentos iniciales.

Hay, desde el principio, una singular reorganización de nuestra historia al hacerla pasar por el molino de la palabra, digamos, usando la bella expresión del filósofo Michel Foucault.

En el espacio del análisis, se abren momentos de ver y comprender, que suelen ir acompañados por un alivio duradero de nuestros padecimientos. ¿A qué se deben estos efectos? Digámoslo así: el pasaje por la experiencia del análisis ha transmutado algo en la parte inconsciente que hallaba satisfacción en el sufrimiento. Los psicoanalistas decimos que ha habido una desvalorización del goce implicado en el síntoma.

Habremos, pues, dejado de ate-

sorar nuestros dolores, lo cual nos permitirá relanzar el deseo hacia otros horizontes.

MARÍA LAURA FRUCELLA

es psicoanalista y escritora.

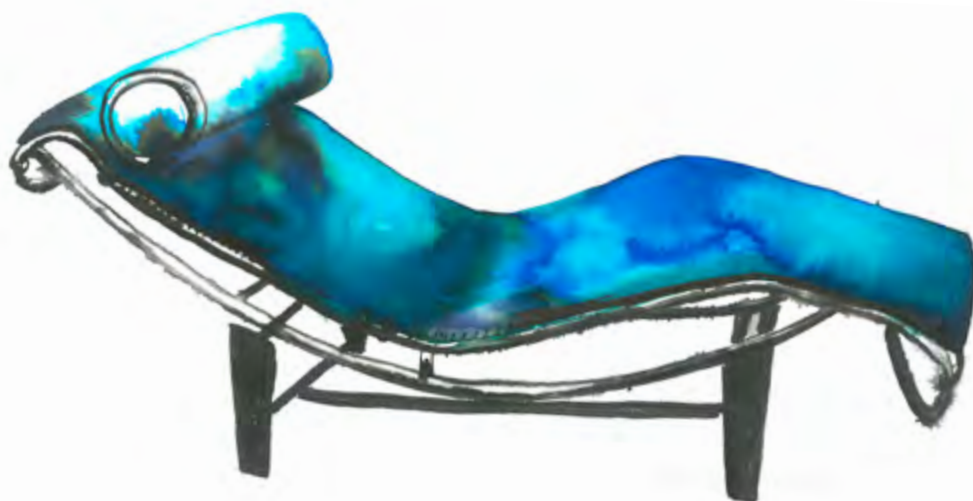
Doctora en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, Psicóloga (U.N.R.) y Especialista en Psicología en Educación (U.N.R.). Miembro del Fòrum Psicoanalític Barcelona. Integrante de la Comisión directiva del Centro de Investigación P&S (Psicoanálisis y Sociedad).

Miembro del Equipo de Coordinación de Umbral.

Ha sido docente e investigadora en la Facultad de Psicología de la U.N.R. desde 1992 hasta 2002.

Miembro del Equipo editorial de la Red-vista de Umbral

lfrucella@hotmail.com



Psicoanálisis en el trabajo con padres y madres gestantes, y en la clínica con niños

SILVINA MOSQUERA GENLOT



Desde hace varios años mantengo un espacio de reflexión cuyo eje central es comprender la importancia de recibir y dar cobijo a una hija o hijo en tiempos de inmediatez, de consumo y de recepción de intensa información ofrecida por la tecnología y sus nuevos usos.

Encuentros semanales en los que en lenguaje sencillo comparto aquello que el psicoanálisis ha impregnado con un saber tantas veces desacreditado. Llevo más de quince años trabajando con grupos de preparación al parto y muchas veces tropiezo con personas invadidas por la violencia de una positividad tóxica que reina y gobierna la sociedad actual. Un sujeto que, colapsado por la modernidad, se enfrenta al reto de ser madre y ser padre en un momento donde parece imposible cometer errores, quedando sumergidos en una marea de directrices que dictaminan el saber hacer, hacer como el otro, hacer sin equivocaciones, con un tú puedes que deja de lado lo individual de cada uno y lo particular de cada nueva familia.

Lamentablemente nos mueve un tiempo que no permite la espera. Las

parejas gestantes tienden a caer en la creencia del eslogan de turno que promete aquello inalcanzable para lucir como experiencia extraordinaria y de un éxtasis novedoso. Estos discursos publicitarios enmascaran una violencia casi imperceptible, y llevan a una deriva que acaba dando nombre a una nueva patología de siglas más modernas que las ya existentes en los manuales médicos. La felicidad prometida siempre está en otra parte, se necesita seguir persiguiendo aquello que falta en una nueva estrategia de consumo.

Quienes han llegado y siguen llegando a mi encuentro, lo hacen desde una indudable búsqueda de aquello desconocido aunque sospechado y oído. Algunos vienen por recomendación o por la incertidumbre que genera una espera envuelta en ese no poder ver ni conocer, enredada en las expectativas que cada progenitor tiene y que se amalgama a su propia historia aunque ellos no lo sepan. Estas historias reactivarán alegrías, sufrimientos, desorientación e inseguridad en el mismo momento en que el hijo sea coloca-

do entre los brazos ávidos de tener, de llenar ese vacío que genera el que está por venir aunque fuera nombrado reiteradas veces. El pequeño llegará con sus demandas, aquellas que sin saberlo serán la sombra de las necesidades propias de cada progenitor.

Antes del encuentro con la nueva vida, con ese ser desconocido, está la espera, especialmente de la mujer. Como dice Recalcati: "...La espera de la madre es una espera sin precedentes..." "La madre vive la espera custodiando su fruto". Un lapso de tiempo que la dibuja y la define por excelencia, días recorridos por la incógnita, la incertidumbre.

Es especialmente en ella, en ese Otro que espera lo que está por acontecer sintiendo la experiencia en su propio cuerpo donde un trozo suyo es también parte del ser que se está gestando, en que la espera encuentra una significación. Y así, la mujer, en esa unidad de dominio temporal necesita ser escuchada y acompañada.

Es en esta etapa de la vida que mi presencia como psicoanalista en grupos de los que esperan aquello importante que está por llegar, cobra un valor interesante. Introducir un discurso diferente. Ofrecer algo más que acompañamiento y la transmisión de algún saber.

El psicoanalista con su escucha puede recoger todas aquellas fantasías que invaden y angustian a las mujeres embarazadas y a sus parejas.

A través de los años he podido observar cómo han cambiado los intereses de quienes llegan. La posición

de la pareja en general y de la mujer en particular ha cambiado cuando se trata de convertirse en padres y madres por primera vez.

Una de las realidades para señalar como modificación importante es la edad a la que escogen tener su primer hijo. En mi experiencia esta se ha retrasado prácticamente seis o siete años. Las razones comentadas en los grupos son múltiples y no entraré aquí en detalles, pero vale la pena nombrarlo.

Cuando llegan a mi consulta, algo llama la atención: soy psicoanalista!

Las parejas gestantes llegan cargadas de información sobre embarazo, parto, postparto, lactancia, colecho y de un gran listado de aquello necesario para la buena crianza.

De nada de eso daré cátedra ya que yo me dedico a otra cosa, mi objetivo es crear un espacio para pensar, para resituarse delante de la nueva experiencia: una nueva vida, un nuevo mundo. Comprender, que más allá de las ventas de internet que invaden sin permiso al sujeto postmoderno y lo atomizan con gran cantidad de exigencias y certezas, hay un saber interior inherente a cada sujeto que lo conecta con su deseo.

Mi idea es generar un espacio de reflexión que permita a cada progenitor entender que trae consigo una historia, que cada uno ha atravesado sus etapas de desarrollo vital no sin consecuencias para la vida adulta; y el recorrido de cada miembro de la pareja se verá reflejado en el ejercicio de una función materna y una función paterna que genera dudas. En el mejor de los

casos quienes asisten quedarán advertidos de que en tiempos de consumo un hijo necesita que se le dé algo para toda la vida, lo material no sirve, no le alcanza, lo que necesita es tiempo y amor sincero, sentir que su padre o su madre disfrutan de su presencia, presencia que fue pensada y gestada otorgándole un lugar determinado en cada uno de ellos, y a su vez en ambos como pareja.

La mujer como protagonista indiscutible e imposible de suplantarse en la experiencia, la mujer nido, la que gestó aquello imaginado, sabe sin embargo que el fruto no es suyo. La pareja es espectadora. Es observadora del acontecimiento que evoluciona y se deja ver a través de las lunas que van dando campanadas fugaces a los cambios que el cuerpo femenino produce, acompaña. Será la madre la que ponga palabras a los nuevos latidos y haga partícipe a su partenaire de lo que va aconteciendo. Así, le irá otorgando un lugar, un espacio que le permita cumplir una función y que a su vez abrirá paso a la posibilidad de que quien ejerza la función paterna se deslice entretejiendo con palabras un despertar de la díada madre-bebé, para que ambos alcen sus miradas hacia la vida, hacia el mundo que hay fuera de ellos mismos.

Y como madre “suficientemente buena” en palabras de Winnicott, entenderá que deberá mantener en su deseo ese plus, esa capacidad de conservar en sí misma su deseo de mujer además de madre y responder a las demandas del niño haciéndole comprender que no será toda para él o ella, que esa madre tiene un límite porque hay

un mundo por el que se interesa y que la espera para seguir disfrutando de él más allá de la maternidad.

Los interrogantes que me han ido surgiendo a través de los años y de la escucha atenta en los grupos, de la experiencia surgida de ello y de la clínica psicoanalítica, me ha permitido observar cómo las consultas han ido tomando los matices que los cambios sociales fueron exigiendo. La hipermodernidad protagoniza los movimientos familiares que generan incertidumbre y desamparo ante los cambios exigidos por un imperialismo económico que es difícil de manejar. El lugar de quien ejerce la función paterna y la función materna merece un tiempo de reflexión, una distancia óptima que permita ver, oír, ordenar y continuar por un camino diferente, o bien recolocar las cuestiones básicas de la crianza.

El tiempo particular en que la posición de lo femenino danza al compás del lugar social de la mujer, del hombre y de la significación otorgada a la maternidad y la paternidad, merece comprender cuál es el tiempo de los hijos y de las familias que también han sufrido los cambios que los avatares de lo social ha impuesto.

La tecnología como protagonista indiscutible de nuestro siglo ha dado y va dando respuestas que parecían insondables. Podemos ver y oír al que está por llegar, a ese ser que desconocido y misterioso crece en un vientre que la ciencia destapa y casi sin velo nos presenta. Podemos escoger, podemos decidir, la mujer puede disponer cómo, cuándo, y para qué o porqué tener o

no un hijo, de quién o con quien.

Todos los adelantos parecen promover el edén, un paraíso que al ser tocado y acariciado nos deja más vacíos que cuando la espera del futuro hijo era ese tiempo de paciencia, pequeño pasadizo hacia lo desconocido que se abría como un océano de aventuras hacia la vida, la nueva vida al nuevo mundo, una travesía llena de incógnitas, donde la expectativa tenía una mirada sencilla, donde la familia extensa también formaba parte del acontecimiento que se vislumbraba.

Hoy, las facilidades de la ciencia médica y del derecho, traen un comercio encubierto que se ejerce sobre la maternidad que aparenta estar negada por la naturaleza. A lo casi imposible se le pone un menú a la carta para escoger con prisas, sin pausas, sin pensar, sin frustración, bajo promesa de ser el Dios que descende con tecnología avanzada y un infierno hormonal, sembrando con un toque mágico al ego femenino.

La modernidad va pisando el talón de mi discurso. Sin embargo el psicoanálisis sigue dando la puntada fina a mis palabras y con ello a mis reflexiones: ¿qué es una madre? ¿Qué madre?; ¿La madre de las estructuras familiares del siglo pasado o la madre híper moderna de hoy?; Y entre tanto modernismo, ¿Dónde queda ella y dónde queda él? ¿Cómo ocupa y desarrolla cada uno su función?, ¿Qué padre hoy?

Podemos pensar en una función materna y una función paterna diferente, maternidades y paternidades suficientemente buenas. Pero...

¿de qué tipo de funciones hablamos?, ¿cómo se articulan en este nuevo paradigma familiar de la hipermodernidad?

Desculpabilizar a quien ejerce la función progenitora, entendiendo con ello el permitirles hacer y equivocarse, ser padres y madres a su manera, escuchando el deseo propio, ayuda a tranquilizar y permite pensar, decidir, y pedir ayuda cuando en los primeros días de vida del bebé todo parece caos, incertidumbre e ignorancia y fragilidad.

Poder ayudar como psicoanalista en esta etapa de la vida de una pareja, y dentro de un “curso de preparación al parto”, no es precisamente una prevención. Aún así, sabiendo que esto no será posible pienso que es un acontecimiento que advierte, que avisa y sugiere y que deja una huella que resonará entre dudas de crianza para poder pedir ayuda cuando la preocupación nubla la verdad propia en las respuestas.

Padres en la clínica con niños

La realidad de las parejas actuales en España es de una cotidianidad sin tiempo para la familia. Las prisas, los horarios laborales, la problemática de la conciliación familiar, las prioridades escogidas bajo presión del amo que obliga a un consumo sin precedentes bajo promesa de eterna felicidad, generan culpa. Esta carrera obligada hacia la posesión de aquello que promete la plenitud confunde al ejercicio materno y paterno. La intuición de los progenitores está desvalorizada. Internet es fuente inagotable del usted debe, usted puede, usted compre, adquiera, use, tire, mire, pase y vea. Este funcio-

namiento hace desvanecer el verdadero saber de aquel que decide tener un hijo para equivocarse, para amar con estilo propio y no sin angustia.

Ante tantas propuestas de solución rápida, también aparecen los grupos de whatsapp.

Éstas asociaciones de padres y madres que parecen tener el saber absoluto sobre lo que cada integrante necesita, que se retroalimenta de novedades sin contrastar junto al exceso de información que llueve por doquier. Así llegan los padres y madres al despacho.

Algunas consultas surgen durante el postparto o cuando asaltan las primeras dudas sobre la crianza y se inician las primeras confrontaciones entre progenitores.

Otras veces, son las dificultades del niño o la niña dentro del ámbito familiar o escolar, las que les llevan a consultar. En cualquier caso son la preocupación y la angustia de ambos o de alguno de ellos, lo que les moviliza.

La escuela como gran protagonista en la educación y la crianza, también pide a veces con insistencia una palabra profesional que ponga nombre a un supuesto problema del niño. El maestro necesita saber cómo ayudar, qué herramientas pedagógicas utilizar, y a veces qué etiqueta ponerle al infante para tranquilidad del entorno escolar, como si el niño cosificado fuera más fácil de “manejar”.

Lo cierto es que el niño llega traído por la preocupación de los adultos para ser cambiado, apaciguado, “arreglado”.

En ocasiones la demanda deja entrever lo que los padres o las madres no saben de ellos mismos, y que está generando una reacción en el niño. Avatares que pueden estar ligados a la dificultad con la paternidad o la maternidad, a lo que ese hijo significa para cada uno de ellos, y de cómo el vínculo con el pequeño está marcado a su vez, por la relación de ellos con sus propios padres y su propia historia de vida.

Tal vez en el encuentro con el psicoanalista no haya respuestas. Tal vez los adultos responsables de la crianza puedan encontrar de la mano de este profesional saberes que traían consigo, pero que parecían desconocidos.

Ya nos planteaba Freud la importancia de actuar con gran cautela y de no caer en un discurso pedagógico. No se trata de educar a nuestros pacientes para que se asemejen a nosotros sino para que se liberen, para que consumen su propio ser. Las parejas en consulta tienen la posibilidad de encontrar un espacio en el que se pueden comunicar, se pueden escuchar ante un tercero que observa, pregunta, señala o traduce el coloquio.

En muchas ocasiones las sesiones con padres y madres tienen por resultado el haber podido escuchar, entender, e interrogarse a cerca de las dificultades familiares.

Observar cuáles son los conflictos de la familia; entender si el problema es del niño o la niña y si son el emergente de la dificultad de la pareja parental o de la madre o del padre, arroja luz a una verdad. Certeza propia e inherente a ellos mismos que el trabajo analítico

permite vislumbrar o descubrir.

El trabajo con padres y madres en consulta es un eslabón indispensable que acompaña la clínica con niños y adolescentes. Ni progenitores ni tutores pueden quedar fuera.

El trabajo interdisciplinar, el movimiento en red con el resto de profesionales que acompañan a la familia en el tratamiento deben estar en consonancia. Los profesionales deben unificar el discurso debatiendo los progresos. Es necesario consolidar equipos que puedan dirigir la cura, haciendo una clínica responsable en relación a la subjetividad del niño.

El niño que es traído aparenta, en muchas ocasiones, que no sabe a qué viene. Este aspecto del trabajo del psicoanalista es muy interesante, ya que en general podemos observar que el niño sabe más de lo que los adultos sospechan.

Hay pequeños que me explican lo que dice su madre o su padre en relación a temas cotidianos, otros me aclaran lo que les pasa a ellos, que no tiene nada que ver con los supuestos de los adultos, y los hay, que claramente dicen: “los que tienen que venir son mi mamá y mi papá”!

Muchos aprovechan las sesiones para dejar fluir sus capacidades y desarrollar sus habilidades creativas, otros para mostrar un sufrimiento silenciado al que se le da un lugar con el juego. El juego en análisis es una experiencia difícil de explicar, pero que muchos niños y niñas tienen claridad para desplegar en la búsqueda de una palabra que describa su malestar y apacigüe la

angustia, como diría Dolto, “la palabra humaniza”.

En el trabajo con niños y adolescentes es importante escuchar las circunstancias que rodearon la experiencia de la gestación e indagar sobre el nacimiento el parto y el postparto. Escuchar la historia familiar y la de cada progenitor en particular, abre paso al recuerdo de la infancia y adolescencia materna y paterna. Este hecho cobra importancia en la clínica, ya que permite que los adultos vean de qué manera se ven o no reflejados en sus hijos, qué parte de ellos y qué expectativas propias han proyectado en ellos.

Permitir cuestionar la paternidad y la maternidad, el tipo de relación que se tiene con un hijo o hija, y el lugar que ellos mismos ocuparon como hijos en relación a sus propios padres, permite generar un orden. Orden que lleva a reajustar un tipo de funcionamiento, aceptar cada tipo de estructura familiar y afinar en las dificultades de convivencia y de crianza. Orden que implica una ley para todos.

Así, el trabajo analítico cobra sentido de movimiento, de reorganización y reubicación; una dinámica que pueda permitir cambios, otorgando un nuevo prisma con el que mirar. Una nueva mirada hacia un hijo o hija, una nueva manera de nombrarlo, de verlo en sus capacidades o en sus dificultades para poder abordarlo de otra manera.

Cuando un psicoanalista permite desplegar la historia familiar y da lugar a la palabra para ser escuchada, acompañando a los progenitores en un trabajo que permite significarlas y

comprenderlas, el espacio puede generar una vía que posibilite el encuentro de nuevos interrogantes. Se abre así la posibilidad de que cada adulto se pregunte por sí mismo, y por sus propias dificultades permitiendo que el conflicto que lo transgeneracional plantea evidencie las necesidades de cada miembro de la familia.

La vida presenta avatares, vivir implica perder, implica aceptar las frustraciones de no poder con todo, de saber que somos también nuestra historia y que tenemos que aprender a aceptarla y comprenderla. En el traba-

jo con niños, niñas y adolescentes los progenitores deben tener un espacio propio. Un tiempo que ayude a entender cuál es el deseo de cada miembro de la familia sin perder de vista que siempre habrá un conflicto que marque ese límite que permite el ejercicio efectivo de la maternidad y la paternidad.

SILVINA MOSQUERA GENLOT

Psicoanalista.

Psicoterapeuta de la FEAP

Fonoaudióloga-Logopeda

Socia miembro de ECPNA.

Miembro Socia y Docente de

APERTURA.

Coordinación Equipo

Difusión Umbral.

Miembro del Equipo editorial de la

Red-vista de Umbral

silvinamg@hotmail.com



Crisis

RAÚL AZZARINI PARETO



A lo largo de nuestra vida pasamos –inevitablemente – por determinadas situaciones a la que les atribuimos la cualidad de ser “críticas” porque ellas nos llevan a enfrentarnos violentamente a experiencias de angustia, miedos, limitaciones emocionales o cambios bruscos en nuestro estado de ánimo y comportamiento. Estos efectos son síntomas de la magnitud del impacto que nos ha causado la situación crítica que hemos experimentado y que en gran parte son los responsables de las respuestas que daremos a los futuros sucesos que consciente o inconscientemente vincularemos a ellas.

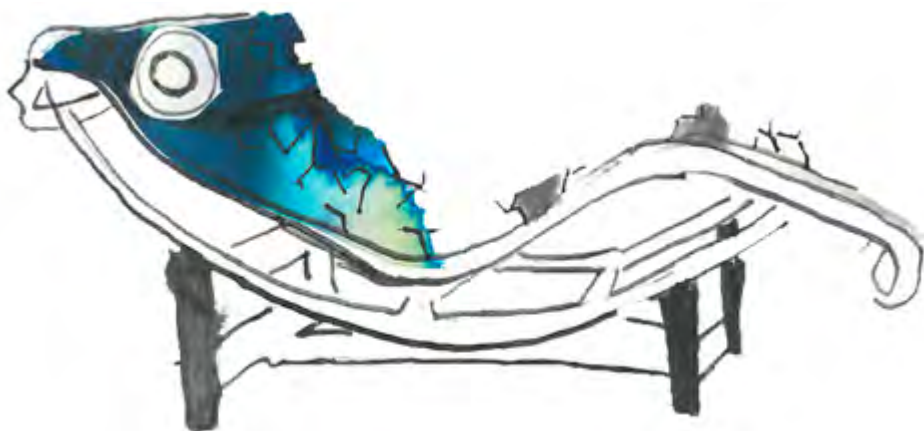
La situaciones críticas, lo son porque ponen en juego la crítica de nuestro ser y de nuestra posición frente a los otros y nos enfrentan a la verdad de nuestro deseo. Estas dejan una huella indeleble en nuestro recorrido vital como una herida que no ha cicatrizado bien, porque o bien se ha queratinizado por exceso en su cicatrización o no puede cerrarse por falta en su ligazón, quedando de esta manera como puntos dolorosos siempre dispuestos a la irritación. Y estas situaciones críticas (la adolescencia, la asunción de la se-

xualidad, las pérdidas sufridas, el enfrentamiento con la vejez y la muerte, etc.) son “críticas” por que impactan de pleno en nuestro ser y marcan un antes y un después, a partir del cual ya nada “será lo mismo”. Y porque a partir de ellas fijamos el color y el sabor –amargo, neutro o dulce– con las que experimentamos y saborearemos el devenir de nuestras vidas. Nuestro actuar y posicionamiento cotidiano frente a los sucesos de la vida están más influidos por el modo en que hayamos podido –más o menos– resolver o elaborar esas situaciones críticas de lo que nos parece. Cada encuentro o desencuentro, cada acceso o exceso en nuestras relaciones vitales actuales con los otros serán percibidos a través del tamiz que las crisis pretéritas nos han procurado. Tamiz necesario, construcciones imaginarias que filtran y con las que intentamos darle una explicación, darle un sentido a los hechos traumáticos. O bien usamos el tamiz del cuerpo, sus reacciones, con lo que pretendemos preservarnos de la angustia paralizante con que dichas situaciones críticas nos amenazan.

Por lo tanto no cabe banalizar o minimizar las situaciones críticas, ni postergar su tratamiento. De ellas –si podemos ponerlas en palabras– y si van dirigidas al psicoanalista que tiene una capacidad de escucha entrenada en éstos menesteres– podemos transformar el dolor y la angustia que nos provocan y ponerlas al servicio de un saber sobre nosotros mismos liberador del deseo con el que podamos conquistar y orientar nuestra vida en la búsqueda de aquellas situaciones que nos gratifiquen. Podremos así lograr convertir el sufrimiento y la parálisis en actos decididos y responsables que nos deparen satisfacción en nuestro personal recorrido vital.

RAÚL AZZARINI PARETO

Licenciado en Psicología por la
UMSA, Buenos Aires, Argentina y
convalidación por la UB,
Barcelona, España. Psicoanalista.
Colaborador de Umbral Red.
razzarini@gmail.com



El TDAH: una apuesta por la subjetividad

MATILDE MAYOR



Vivimos en un mundo, donde cada vez mas niños y adolescentes son diagnosticados con TDAH y donde no se les escucha en sus malestares y dificultades. Pasan a ser consumidores, tanto de objetos como de medicamentos; se les exige que rindan a toda costa y si para ello fuera preciso drogarles así se hace.

La vida, para muchos de ellos, se está transformando en “La Vida Medicada”, como consecuencia de una sociedad de mercado que intenta modificar nuestra condición de sujetos y transformarnos en meros consumidores.

El TDAH como otros muchos síntomas, se explican de forma única y se olvida la manera en que cada sujeto goza, desea, sufre y vive.

Cuando todo es producto de una alteración biológica, ¿Dónde queda la subjetividad, lo más íntimo del ser humano?

Como dijo Lacan: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época.

Cuando escuchamos decir, que un niño es TDAH; así entendido, dicha nominación apunta al ser y creo que

tiene más que ver con el tener que con el ser.

Si un niño tiene un comportamiento o una conducta inapropiada, se ha de escuchar a ese niño desde su singularidad, uno por uno.

Preguntarse: ¿Qué es lo que le pasa a ese niño? ¿Por qué sufre? ¿Qué nos está diciendo con su comportamiento? ¿Por qué resulta tan angustiante para los otros?

La singularidad de cada sujeto, no tiene parecido alguno con otra singularidad.

Por tanto, es imposible de evaluar por un recurso estadístico.

Estos niños que, por lo general, se portan mal en clase, que no pueden parar quietos un momento, que no controlan sus impulsos, que no escuchan a quien les habla cuando se les pregunta por sus acciones, no pueden responder cabalmente de ellas. No las subjetivan, no las hacen suyas.

Son niños que presentan una imagen ideal más precaria respecto a otros niños en los que la imagen queda claramente anudada a ideales simbóli-

cos y por ello muy sometida a la tensión agresiva con los compañeros. No terminan de situarse como uno más entre ellos, pues quieren destacar todo el rato.

Aunque no estamos en el mismo punto que hace unos años y que hoy en día, ya se han pronunciado muchas voces, alertando del creciente número de niños diagnosticados, no podemos bajar la guardia.

Cuando hablamos de TDAH ¿de qué estamos hablando, ¿de un trastorno?, ¿de una epidemia?, ¿de un negocio? Son preguntas que se hace la autora Heike Freire en su libro *¿Hiperactividad y déficit de atención?*

Tanto la psiquiatría como el psicoanálisis tienen en cuenta el síntoma y apuntan a él, pero como sabemos la orientación que cada uno le da es diametralmente opuesta.

En psiquiatría, el individuo es tomado como un objeto de estudio, para poder incluirlo en la generalidad de una clasificación diagnóstica. Se pretende controlar con la medicación lo incontrollable de la singularidad de cada sujeto, mientras que en psicoanálisis el sujeto, es tomado uno por uno, con su singularidad, como he mencionado anteriormente.

En psicoanálisis el síntoma también es signo de que algo no marcha bien, pero la diferencia está en que no hay saber sobre el mismo, porque se trata del saber inconsciente, de algo que está reprimido para el sujeto y precisa ser descifrado.

Freud dijo que el malestar, el sufrimiento y el dolor humano es insoslayable. Están y estarán siempre con el ser humano. Subraya así, la imposibilidad en el ser humano para lograr una adaptación y felicidad total.

Hoy en día a pesar de los avances de la ciencia, la hiperconectividad y la globalización, el malestar persiste revestido de otras formas. Se pretende crear un hombre nuevo apelando a razones genéticas y negando la subjetividad.

En este momento histórico en que se pretende evitar todo vacío, llenarlo de objetos que ilusoriamente nos satisfagan, se propugna como ideal a la libertad absoluta. Se pretende que existe un único sentido de la vida; una vida sin ser viviente, obviando al sujeto que la habita, a su individualidad, a su deseo inconsciente y capacidad de elección.

Desde mi experiencia clínica, puedo decir que he trabajado con estos niños y adolescentes uno por uno y la medicación ha pasado a un segundo plano, y a la larga no ha sido necesario hacer uso de ella.

No me gustaría concluir, sin añadir un nuevo punto a este tejido; una nueva aportación, que no puede dejar de implicarnos, no solo como profesionales de la salud mental, sino como sujetos de nuestra sociedad.

No podemos reducir el inconsciente, el sujeto histórico, a un neurotransmisor. Esta quizás sea una apuesta fuerte del psicoanálisis de nuestra época, a la que no debemos renunciar.

Somos contemporáneos de una sociedad constituida por sujetos que reniegan de toda interrogación, que intentan obstruir la aparición de un mínimo atisbo de deseo, sosteniendo la ilusión de que hay un objeto que lo colma.

Ante esta situación, debemos tomar posición, frente a una clínica de la globalización, que masifica y disuelve el uno por uno, por la particularidad del sujeto, su historia y su deseo.

MATILDE MAYOR

es Psicoanalista y Psicóloga Clínica.

Colaboradora de Umbral Red de Asistencia «psi». Miembro del Equipo de Difusión de Umbral. Miembro del Cartel Clínico y participante de las Jornadas de Clínica Psicoanalítica.

matildemayor@hotmail.com



El método clínico de UMBRAL es el psicoanálisis

CARLOS REY

El psicoanálisis es una terapia de la palabra, un método clínico, un análisis psicológico-psíquico- de los síntomas patógenos y sus causas. Un trabajo de elaboración y construcción que se realiza en el contexto de la relación terapéutica paciente-analista, también llamada clínica bajo transferencia.

Si la hidroterapia utiliza las cualidades terapéuticas del agua, la psicoterapia analítica y el psicoanálisis propiamente dicho, es el tratamiento o terapia que utiliza lo psíquico como herramienta terapéutica. Lo psíquico -lo mental- se refiere a la subjetividad de nuestra condición humana en tanto seres hablantes, y, por lo tanto, sujetos al lenguaje.

El psicoanálisis es pues una terapia o tratamiento que cura por la palabra, en donde encontrar las palabras para expresar el malestar psíquico. Es la dirección de una cura que se consigue con la interpretación de los conflictos inconscientes que se expresan a través de los sueños, los olvidos, los lapsus y los síntomas, porque todos ellos son formaciones del inconsciente que precisan ser escuchadas.

La angustia, por ejemplo, se manifiesta en el cuerpo a modo de nudo en el estómago, opresión en el pecho, en las afecciones de la piel, las colitis, el colon irritable, las cefaleas, el asma, las contracturas y dolores musculares, etc., así como en los llamados ataques de ansiedad, en las fobias, en las obsesiones, la compulsión a la repetición, las adicciones autodestructivas, la tristeza, la melancolía y los delirios.

El psicoanálisis es al mismo tiempo un análisis de las resistencias inconscientes al cambio, a la mejoría, y lo hace a través de la transferencia, es decir, de la relación que se repite con el analista. Análisis del por qué nos pasan las cosas que nos pasan, una y otra vez, en el sínfin de la repetición. Análisis como interrogación que no interrogatorio, cuestionamiento permanente que no necesita cumplimentar cuestionario alguno. Búsqueda del lugar que ocupamos en el deseo del otro para saber sobre nuestro deseo. Análisis, también, práctico y aplicado a las resistencias culturales, sociales, políticas y de las ideologías médicas, como por ejemplo el discurso médico y psiquiátrico hegemónico actual, que

medicaliza la vida cotidiana, paliando las consecuencias sin tratar las causas, pero causando efectos secundarios irreparables cuando se abusa de la medicación y se cronifican las patologías.

El porqué de los síntomas

El psicoanálisis considera el síntoma como una solución de compromiso, es decir un modo psíquico de crear un equilibrio, inestable pero posible, en los conflictos internos. En este sentido, el cambio que persigue el análisis es un cambio subjetivo en la relación que mantenemos con nuestros síntomas. Cambio que no es otro que asumir la responsabilidad subjetiva de nuestro sufrimiento y malestar, así como de su remedio.

Para el psicoanálisis la cura es mucho más una dirección que un logro pues, ¿cómo curarnos de nuestra condición humana? De ahí que este análisis sea más subversivo que adaptativo, ya que remite a una verdad incómoda: una palabra no tiene un solo sentido, que es tanto como decir que un conflicto es multifactorial.

El psicoanálisis no se basa en la bondad de nuestras buenas intenciones, sino en la fragilidad de la condición humana. No contempla orden mental ni normalidad normativa o estadística. Todos somos únicos y nuestra subjetividad expresa la variedad de maneras de ser y estar en el mundo.

El psicoanálisis es el tratamiento psíquico donde las palabras ayudan a elaborar las pérdidas, a superar los duelos, y, sobre todo, a simbolizar la vulnerabilidad que anida en nues-

tra condición humana. Atravesados y escindidos por esta verdad, estaremos en mejores condiciones de hacernos cargo de nuestro propio deseo. Deseo que, en tanto que humano, no goza de la omnipotencia de los dioses ni del instinto de los animales. El psicoanálisis nada quiere saber de protocolos de actuación respecto de la duración y frecuencia del tratamiento. El aquí y ahora es tan particular como la relación entre dos sujetos que pactan cada una de las contingencias y variantes de una terapia que se define como tratamiento del caso por caso. Ni siquiera el diván es dispositivo fijo.

El método clínico del psicoanálisis consiste en un sujeto que elabora, construye o trabaja asociando y se esfuerza por encontrar las palabras para nombrar su sufrimiento para sacárselo de encima, así como de un profesional que sostiene la transferencia, es decir, que reserva un lugar al otro mediante la escucha activa: analítica. Este trabajo conjunto requiere tiempo, pero no porque el tiempo lo cure todo, sino porque toda cura lleva su tiempo; y en el tratamiento psicoanalítico ese tiempo es el tiempo de elaboración para que el sufrimiento remita.

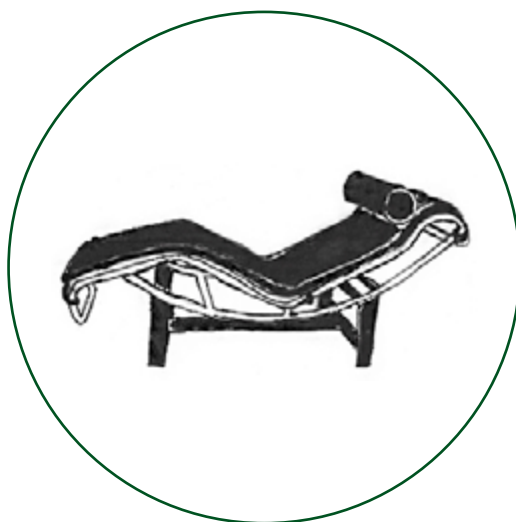
CARLOS REY LANASPA,

Psicoanalista, Psicólogo especialista en Psicología clínica. Colaborador de UMBRAL
carlosry@copc.cat



RED-VISTA UMBRAL

Las imágenes incluidas en este número de la Red-Vista de UMBRAL han sido cedidas por **CAROLINA BORTHEIRY MOSQUERA** <carolinaborthairy@gmail.com>, Licenciada en Bellas Artes y Arteterapeuta. Diseño, maquetación y producción <chapuis@telefonica.net>. Todos los derechos reservados. Asociación Umbral, CIF G-63642920, Travessera de Dalt 21, 1ª 2ª, 08024 Barcelona.



UMBRAL - Red de asistencia “PSI” < <https://www.umbra-red.org/es/> >
La RED-VISTA < red.vista@umbra-red.org >

